

Margarita Márquez Padorno

LA AGRUPACIÓN AL SERVICIO DE LA REPÚBLICA

La acción de los intelectuales
en la génesis de un nuevo Estado

BIBLIOTECA NUEVA
FUNDACIÓN JOSÉ ORTEGA Y GASSET

Índice

AGRADECIMIENTOS	11
PRÓLOGO, por Juan F. Fuentes	13
I. LOS INTELLECTUALES EN LA ESCENA PÚBLICA	19
I.1. Definición y aparición en Europa	19
I.2. El caso de España. Antecedentes y puesta en marcha de la actividad pública de los intelectuales	25
I.3. El nacimiento de una Generación. 1914 y la Liga de Educación Política. Sus tribunas de opinión: <i>España y El Sol</i> ..	28
I.4. Los intelectuales frente a la Dictadura de Primo de Rivera ...	38
II. LA CRISIS DE LA MONARQUÍA Y EL ENFRENTAMIENTO CON LOS INTELLECTUALES	41
II.1. «Organizar la Decencia Nacional»	41
II.2. El homenaje de Cataluña a los intelectuales castellanos	47
II.3. La universidad al servicio de la necesidad pública	54
II.4. El Error Berenguer. La apuesta por «un proyecto»	59
III. EL NACIMIENTO DE LA AGRUPACIÓN AL SERVICIO DE LA REPÚBLICA	67
III.1. Creación del manifiesto y difusión durante la censura	67
III.2. Adhesiones y opiniones sobre el manifiesto	71
III.3. Difusión y acogida en prensa e informes	81
III.4. Comentario al manifiesto y a su repercusión	86
IV. EL DEBUT PÚBLICO DE LA AGRUPACIÓN	95
IV.1. Presentación en sociedad: Segovia, 14 de febrero, y otros actos	95
IV.2. Estatutos y organización interna	108

IV.3.	El órgano de la ASR. La pérdida de <i>El Sol</i> , prematura aparición de <i>Crisol</i>	116
IV.4.	Las elecciones del 12 de abril	119
V.	LA CONVERSIÓN DE LA ASR EN PARTIDO POLÍTICO	121
V.1.	Proclamación de la República. Cambio organizativo de la ASR	121
V.2.	Las embajadas de la ASR y la quema de conventos	129
V.3.	La reforma de la ASR: de plataforma a partido político	135
V.4.	Los integrantes de la ASR: afiliados, listas e informes	144
VI.	LAS ELECCIONES A CORTES CONSTITUYENTES Y LA MINORÍA PARLAMENTARIA DE LA ASR	147
VI.1.	El inicio de la campaña electoral en <i>Crisol</i>	147
VI.2.	La campaña electoral de la ASR en provincias	153
VI.3.	La candidatura de Ortega y Gasset por León. Las elecciones	159
VI.4.	La minoría parlamentaria de la ASR	163
VII.	LA ASR EN EL DEBATE POLÍTICO. LABOR PARLAMENTARIA Y CRISIS DE LA AGRUPACIÓN	173
VII.1.	Resumen de la actividad política de la minoría ASR	173
VII.2.	Primeras intervenciones de la ASR en la Cámara	189
VII.3.	¡No es esto! (o «un aldabonazo») y otras discrepancias ...	201
VII.4.	La conferencia de la Ópera: el gran partido nacional	207
VIII.	EL FINAL DE LA AGRUPACIÓN AL SERVICIO DE LA REPÚBLICA	213
VIII.1.	Nueva política de la ASR tras el discurso de «rectificación»	213
VIII.2.	Intervenciones parlamentarias de la ASR en 1932	222
VIII.3.	Los últimos pasos de la ASR: la pérdida de <i>Luz</i> y el manifiesto de disolución	229
VIII.4.	¡Viva la República! y el silencio de Ortega y Gasset	240
IX.	CONCLUSIONES	245
	BIBLIOGRAFÍA	253

Prólogo

El siglo xx ha sido calificado, no sin razón, como «el siglo de los intelectuales». Es cierto que no faltan historias de «los intelectuales antes de los intelectuales», como el libro de Jacques Le Goff *Les intellectuels au Moyen Âge*, pero si el sustantivo «intelectual» sirve para fechar el origen de este fenómeno, habrá que convenir en que hasta finales del siglo xix, en que empezó a usarse el nuevo término, no puede hablarse de intelectuales, en el sentido que le venimos dando al concepto, es decir, con una voluntad de compromiso cívico y una proyección pública que sus predecesores —los filósofos, los escritores o los hombres de letras— no habían tenido. Desde que los intelectuales irrumpieron con el famoso *affaire Dreyfus* en el paisaje social y cultural de la sociedad contemporánea, escribir su historia ha sido una forma fundamental de contar la historia del siglo xx.

La movilización política de las elites culturales fue un fenómeno internacional muy relacionado con la crisis de fin de siglo, sobre todo en la Europa del sur: nacimiento de la sociedad de masas, desprestigio del parlamentarismo, secularización, crisis de la Europa latina frente el mundo anglosajón... Diversas razones hicieron, sin embargo, que en España adquiriera una especial relevancia, hasta el punto de que la aparición del propio término «intelectual», que figura ya en una carta de Unamuno a Cánovas de 1896, se produce con una prontitud sorprendente para un país con fama exagerada de llegar tarde a todas las grandes citas históricas. El importante papel desempeñado por los intelectuales españoles hasta la Guerra Civil se explica, en parte, por la inusitada efervescencia cultural del país en el primer tercio del siglo —la llamada «Edad de Plata»—, en que llegaron a coincidir tres o cuatro generaciones intelectuales de extraordinaria brillantez. Influyó tam-

bién la impopularidad de los partidos políticos, en particular de los partidos turnantes, y de la clase política en general, que llevó a Azorín a afirmar que no había «cosa más abyecta que un político». Todo ello favorecía la búsqueda de una regeneración pública a través de nuevos cauces de vida ciudadana, libres de la capacidad corruptora de eso que Ortega llamó la «vieja política». Ese vacío en la vida nacional provocado por el desprestigio de los partidos y de las instituciones se hizo especialmente visible con el fracaso de la Dictadura de Primo de Rivera que, al derruir el viejo tinglado político de la Restauración, allanó el camino a las fuerzas opositoras a la Monarquía. Entre ellas, los intelectuales y ciertos medios e instituciones culturales —la Universidad, la prensa, el Ateneo de Madrid...—, víctimas predilectas de la arbitrariedad del dictador, que con su persecución acabó de consagrarles como símbolos de una vaga idea de regeneración y decencia nacional que los partidos clásicos, incluso los republicanos, no conseguían representar del todo.

En ese contexto surge a principios de 1931 la Agrupación al Servicio de la República (en adelante, ASR), nacida del descontento de los intelectuales ante la degradación de la vida pública en los últimos años del reinado de Alfonso XIII. Era una prueba más del espíritu emprendedor y de la capacidad de convocatoria de su fundador, José Ortega y Gasset, que ya en 1914 había intentado crear, con la Liga de Educación Política, una plataforma cívica, dirigida por los intelectuales, al servicio de la moralización y la democratización de la vida nacional. La ASR fue la resultante final del compromiso político asumido por el mundo de la cultura desde la crisis del 98 y la culminación de un largo proceso en el que los intelectuales españoles tantearon diversas formas de intervención en la vida pública.

La tesis doctoral de Margarita Márquez que ahora ve la luz demuestra, sin embargo, que la Agrupación al Servicio de la República fue algo más que un «partido de intelectuales», como a menudo se tiende a pensar del movimiento fundado por Ortega en vísperas de la proclamación de la II República. La consulta de un amplísimo repertorio de fuentes, la mayor parte conservadas en la Fundación José Ortega y Gasset y en su mayoría inéditas o poco conocidas, ha permitido poner al descubierto otras realidades sepultadas, durante largo tiempo, bajo el peso abrumador de la obra y la personalidad de Ortega y Gasset. La ASR fue también, a pesar de hallarse muy centralizada en Madrid, la expresión plural de realidades políticas y sociales heterogéneas y hasta contradictorias que afloraron en la vida local española con el hundimiento de la Monarquía. Esa rica tipología de la Agrupación, hasta ahora poco conocida, trasciende ampliamente la naturaleza intelectualista del movimiento y recuerda otro aspecto del programa regenerador de Ortega y

Gasset expuesto por él en numerosas ocasiones, por ejemplo, en el primer número de la revista *España: la vida local y provincial* como depósito de una moralidad pública y de una genuina voluntad de transformación que el régimen de la Restauración no había conseguido sofocar. De todas formas, como podrá ver el lector, en algunas localidades y provincias la ASR actuó también, para escándalo de sus promotores, como tapadera de algunas personalidades políticas ligadas a la Monarquía —e incluso a la Dictadura de Primo de Rivera— que se apoderaron de las nuevas siglas para ganar cierta respetabilidad liberal y republicana y sobrevivir políticamente al cambio de régimen.

La significativa muestra sociológica de los afiliados de la Agrupación que ha reunido Margarita Márquez confirma, por último, el carácter mesocrático de este movimiento, expresión de una tácita alianza política entre los intelectuales y ciertas clases medias urbanas que se habían sentido preteridas por la Monarquía —como los propios intelectuales— y a menudo agraviadas por los gestores de la vieja política. No hay ninguna sorpresa en este perfil general de los afiliados a la ASR, pero sí en un aspecto que hasta ahora no se había valorado adecuadamente: la estrecha vinculación a la administración pública de buena parte de los miembros de la Agrupación, empezando por algunos de sus fundadores. La amplia representación de los servicios públicos en este movimiento abarca no sólo las categorías profesionales más previsibles —catedráticos de Universidad, maestros, profesores de Instituto, notarios, funcionarios de correos, ingenieros de caminos, etc.—, sino también un nutrido grupo de cerca de un millar de ferroviarios madrileños —lo que supone un porcentaje muy elevado sobre las cifras de afiliados con profesión conocida—, que se incorporaron en masa a la ASR atraídos por el prestigio personal de Ortega y Gasset y por la eficacia irresistible de uno de los grandes reclamos en que Ortega basó su campaña de opinión contra la Monarquía: «¡Españoles, vuestro Estado no existe: reconstruidlo!». Se entiende que los funcionarios públicos y los trabajadores de un sector como el ferroviario, en vías de nacionalización, se sintieran directamente concernidos por el llamamiento de Ortega a reconstruir un Estado en pleno desmoronamiento, del que dependía su propia subsistencia.

La ASR puede verse también, por tanto, como una plataforma en defensa de un sector público —la enseñanza, los transportes, las comunicaciones, tal vez el Ejército...— cuya supervivencia parecía seriamente amenazada por la crisis de la Monarquía. Mientras los intelectuales concebían el Estado como un instrumento de modernización del país, pues en todo el mundo corrían tiempos de intervencionismo y tecnocracia —la palabra surge por entonces—, una buena parte de la clase

media española tenía en los diversos ramos de la administración —en la «olla grande» del presupuesto, como dijo Galdós— su principal medio de vida. El proyecto era sugerente: modernizar el país a través del Estado y de paso dignificar la vida de las «sufridas» clases medias, según el tópico que venía circulando en una cierta prensa; reformar a fondo la vida política por procedimientos legales que preservaran el orden y la tranquilidad pública y resolvieran la cuestión social sin alterar sustancialmente el régimen de propiedad; acabar con la lacra del analfabetismo mediante una ambiciosa política educativa, que permitiera convertir a un pueblo analfabeto en público lector. El libro de Margarita Márquez, que subraya oportunamente la influencia de la Institución Libre de Enseñanza en el ideario de la ASR, contiene también sobrados testimonios del entusiasmo que este proyecto, compartido con otras fuerzas republicanas, despertó en amplios sectores ideológicos y sociales. El éxito inicial de la Agrupación se vio pronto reflejado en el membrete con el que Azorín definió el régimen nacido el 14 de abril de 1931: era «la República de los intelectuales», considerados por algunos los verdaderos artífices de la caída de la Monarquía y los gestores naturales del nuevo Estado. La presencia de escritores, profesores y periodistas entre los altos cargos del régimen republicano, algunos de ellos destacados miembros de la ASR, daba cierta verosimilitud a una caracterización de la República que muy pronto adquirió un tono de reproche. ¿No sería todo aquello la vuelta a la vieja *empleomanía*, la rapiña de cargos y empleos públicos que en el siglo XIX había acompañado a todo cambio político y contribuido decisivamente al desprestigio de la política?

Cabía el riesgo también de que la República se convirtiera en un régimen corporativo *sui generis*, dirigido en su propio provecho por una clase media profesional y profesoral. Unamuno advirtió enseguida del peligro de que la excesiva presencia de estos grupos profesionales en las instituciones republicanas —«en esta Cámara, señores, hay demasiados catedráticos»— provocara el rechazo de una población harta de privilegios y oligarquías: «Nuestros hijos, nuestros nietos», proclamó Unamuno, «conocerán en España un partido antipedagógico...». El protagonismo de los intelectuales en esta etapa histórica derivó, efectivamente, en una campaña de acusaciones e injurias procedentes de todas las ideologías, sobre todo las más extremistas. Si José María Pemán habló por entonces de la «traición de los intelectuales», haciendo suya la expresión acuñada poco antes por el francés Julien Benda, la revista anarquista *Tiempos Nuevos* denunciaría en 1936 «la insuficiencia de la intelectualidad española, moneda falsa fabricada en las tertulias de los cafés y en las redacciones de los periódicos». El propio

Manuel Azaña, paradigma del escritor metido en política, no tardó en quejarse amargamente de esos intelectuales que no paraban de pedigrüñar cargos al gobierno y que, según Azaña, en caso de no sentirse complacidos acabarían haciéndose fascistas por despecho. Ya en el exilio, atemperado en buena medida el radicalismo de la época republicana, el escritor y político socialista Luis Araquistáin, que se había reconciliado con el doctor Marañón y había firmado, según sus palabras, unas «pases póstumas» con Ortega y Gasset, mantenía pese a todo su resentimiento hacia los intelectuales y, en particular, hacia la expresión más cabal de su intervención en la vida española: la Agrupación al (flaco) Servicio de la República, como la llama él. No menos severo será el juicio de otro socialista en el exilio, el historiador Antonio Ramos Oliveira, para quien la España de 1931 llevaba camino de ser «una magistocracia, un Eldorado de los profesores y de los maestros, que de parias de la sociedad pasaban a ser su nueva aristocracia». La derecha vio en ellos, por su parte, una especie de «clero republicano y masónico» que venía a sustituir al clero católico y legítimo de toda la vida. Hasta Indalecio Prieto, cuyos juicios históricos solían estar entre los más ponderados y lúcidos, tachó a los intelectuales de la época de «cuadrilla de danzantes políticos (...) mariposeando de flor en flor».

Hubo un momento, sin embargo, en que la intelectualidad española, acostumbrada durante décadas al trato desdeñoso de los gobernantes y a la desconfianza de la izquierda, pareció convertirse en el centro de gravitación de la vida política española. Fue una sensación engañosa y poco duradera, porque las fuerzas que tiraban de la historia de España y de Europa en los difíciles años 30 estaban muy alejadas de ese centro moral y de esa equidistancia política que pretendían encarnar los intelectuales de clase media. El espejismo de una República de los intelectuales duró muy poco. De ahí la temprana disolución de la Agrupación al Servicio de la República y la profunda decepción política que muy pronto se apoderó de Ortega, en cuanto advirtió la inviabilidad de un proyecto que la radicalización de la vida republicana hacía, sin embargo, cada vez más necesario.

Tal es la historia que nos cuenta Margarita Márquez a lo largo de este libro, que viene a llenar un clamoroso vacío historiográfico. La amplia base documental de su investigación abre nuevas líneas interpretativas y permite desarrollar y confirmar hipótesis apuntadas por otros historiadores. No es que la Agrupación hubiera despertado hasta ahora especial interés entre los investigadores, más bien todo lo contrario, pero el papel de los intelectuales en la Historia contemporánea de España se ha convertido en los últimos años en tema de estudio de un buen número de historiadores de primera fila. Como viene ocurriendo

lo mismo en otras historiografías europeas, cabe pensar que en las relaciones entre los intelectuales y la política podemos encontrar algunas de las principales claves de la historia del siglo xx.

Dice Bernhard Giesen que la nación fue para los escritores y artistas de la época romántica el Santo Grial que daba sentido a su existencia. El Estado cumplió un papel parecido en el quehacer de los intelectuales en el período de entreguerras. En el caso español, el problema era que para hacer de los poderes públicos el motor del desarrollo y la regeneración del país antes había que crear un verdadero Estado. Ese era el reto que, según los fundadores de la ASR, debía asumir el régimen nacido el 14 de abril. Doble reto, más bien, que excedía en mucho las fuerzas de este puñado de escritores, abogados y pedagogos convocados por Ortega al conjuro de un proyecto político y cultural de altos vuelos, que mereció, sin duda, mejor suerte.